

# La renovación de la historia del libro: la propuesta de Roger Chartier

Autor:  
Acha, José Omar

Revista:  
Información, cultura y sociedad

2000, vol.3, 61-74



Artículo

# LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA DEL LIBRO: LA PROPUESTA DE ROGER CHARTIER

JOSÉ OMAR ACHA

---

**Resumen:** Análisis de los principales rasgos de los cambios verificados en las aproximaciones actuales de la historia del libro. Se subraya la importancia adoptada por la lectura y la recepción de los textos como una superación de las perspectivas centradas en la descripción y en los datos cuantitativos. La obra de Roger Chartier es considerada como significativa en este cambio, y se emplean sus aportes para sistematizar las aproximaciones implicadas en la historia cultural concerniente a los materiales impresos. Por último, se esboza brevemente un ejercicio de crítica de los enfoques utilizados en la historiografía del libro en la Argentina.

**Palabras clave:** Historia del libro; Historia cultural; Roger Chartier; Interpretación; Lectura.

**Abstract:** Analysis of some changes we could identify in the book history present approaches. Reading and texts reception are underlined as strategies which exceed the limits of those centered in description and quantitative data. Roger Chartier's work is considered in this turn as meaningful, and his news are used to articulate the different view-points of cultural history concerning printed materials. Finally, there is a short critical exercise about the dominant approaches of book historiography in Argentina.

**Keywords:** Book History; Cultural History; Roger Chartier; Interpretation; Reading.

---

## I. La historiografía del libro en cuestión

Como objeto de investigación, el libro ha gozado en las últimas décadas de un *status* relativamente bajo en la escala de preferencias de estudio que la historiografía profesional en la Argentina ha considerado como digno de sus

---

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"

Artículo recibido: 27-03-00. Aceptado: 10-05-00.

*INFORMACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD*. No. 3 (2000) p. 61-74

©Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (INIBI), ISSN: 1514-8327.

esfuerzos. Ello es un claro índice de los lineamientos de la historiografía, que también afectaron -y todavía lo hacen- a los supuestos básicos de la historia del libro y de los impresos en general. Aun, los estudios más importantes al respecto, pueden remitirse a obras de la década de 1940, como el aporte de Domingo Buonocore. En todos estos trabajos, el problema de los efectos culturales de los libros está más supuesto que efectivamente estudiado. La utilización de ciertas cifras de compra u oferta, por ejemplo, pueden arrojar luz sobre ciertos intercambios, pero no dan cuenta de los regímenes de lectura del pasado.

Para quienes se interesan en el libro como materialización de actividad cultural y como vehículo del saber, hacer su historia significa articular analítica y narrativamente una parte muy importante de la constitución de la cultura. Precisamente en tal sentido, desde la década de 1970, en otras latitudes se verifica un cambio en la orientación de cómo se consideran los libros en tanto objetos de estudios historiográficos.

Los tan utilizados libros de Svend Dahl o Escolar Sobrino -por dar sólo dos nombres- que no sin razones han gozado de tanto aprecio en nuestros ambientes interesados en la historia del libro y las bibliotecas, tienen una característica que se está dejando de lado con lentitud pero también con persistencia. En efecto, para las tradicionales historias del libro, el análisis del material donde se *cristalizaron* los libros fueron sin duda importantes. También lo fueron las formas de su composición y armado. La historia de la imprenta, dentro de tales inquietudes fue así de gran valor para entender el proceso de escritura en materiales escritóreos, desde el papiro o las tablillas de arcilla hasta el papel actual. La ilustración de los mismos fue también un capítulo imprescindible para que un desarrollo de las peripecias de tan trascendente *invento* humano fuera respetable, y casi todas las “historias del libro” la contemplan como un *topos* conocido.

Y hubo razones atendibles para ello. Aún actualmente, los más sofisticados análisis de la interpretación del libro y las lecturas incluyen un paso ineludible que concierne al aspecto material del libro. Pues, en buen razonamiento, los procesos sociales que posibilitan su producción y guían su orientación son tan históricos como el libro mismo. La forma, la textura del papel, la calidad de la ilustración, el colorido de los dibujos o la complejidad de los tipos empleados son parte de las condiciones que afectan a la lectura de quienes pueden hacerlo en un momento dado. Por lo tanto, no es su aspecto *descriptivo* de los contenidos concretos del libro lo que se ha dejado de lado.

Más bien, los más recientes desarrollos han insistido en que debe revalorizarse la eficacia del libro en la formación de opiniones en distintos períodos históricos. En esa tesitura, lo que más interesante hace a la historia del libro es cómo incide en los saberes individuales y colectivos de las sociedades. Dicho brevemente, la *historia del libro* se ha convertido en la *historia de la lectura del libro* y de los procesos que hacen de tal lectura parte del fundamento de las prácticas -es decir, las acciones concretas y las representaciones- de grupos e individuos. Para alcanzar tal objetivo, no es que la historia de la tipografía sea

trivial o el examen del devenir de su reproducción sea inesencial, sino mejor, que tales temas son estudiados desde la perspectiva de su influencia sobre los hábitos de lectura e interpretación.

Por otra parte, es importante indicar que no se invalidan los hallazgos realizados pacientemente por la historiografía “tradicional” del libro, pues las descripciones corrientes de su desarrollo permanecen válidas. Frente a ellas, la nueva historia busca profundizar algunos aspectos que por cuestiones teóricas y metodológicas su predecesora no podía realizar. En primer lugar era muy difícil por supuestos teóricos: la idea de cuál era el *objeto de estudio* que debía buscarse en los archivos y bibliotecas. Cuando la historia -como disciplina- era fundamentalmente aquella de las civilizaciones, de los gobernantes y grandes personajes de la política, la historia del libro era la crónica de las formas de su manifestación empírica, mientras que la medida en que incidía en la conciencia de los sujetos que los leían era un problema marginal. Naturalmente, no por falta de creatividad o esfuerzo en la investigación, pues los trabajos producidos fueron fruto de esfuerzo y sagacidad indudables. En segundo lugar, mientras la historiografía dominante utilizaba como documentos aquellos producidos por autoridades estatales y amplias series estadísticas impersonales (especialmente censos), no era muy probable que quienes se ocupaban de los libros en calidad de historiadores o historiadoras no participaran de tales perspectivas y metodologías de análisis. En definitiva, la historia del libro no era una excepción del clima teórico y metodológico que primaba en las ciencias sociales en general y en la historiografía en particular.

Los cambios ocurridos desde hace al menos veinticinco años en la historiografía hacen presumir modificaciones en las estrategias en que se investiga y escribe la historia del libro. Así, como ya hemos indicado, la lectura pasa a constituirse en un medio central para conocer aspectos de los modos de formación del contenido de la conciencia de individuos y grupos sociales que utilizan el medio escrito para una parte de su comunicación. Lectura, no obstante, que no se reduce a la percepción individual ni sentimental típicas del romanticismo y de la fenomenología. Más bien, la lectura del libro se inscribe en una revalorización de la historia cultural. La conformación de mentalidades, las formas colectivas de pensar pero también las variaciones individuales, de clase, de género, el modo en que las realizaciones intelectuales más profundas se diseminan por grupos amplios y la estructuración de ámbitos públicos de discusión, son los objetos predilectos sobre los que opera la historia del libro que es más pujante e innovadora.

Se dirá, sin incurrir en falencias lógicas o interpretativas, que *siempre* la historia del libro se ha encuadrado en una intención de análisis cultural. Además, no es equivocado sostener que se hicieron intentos similares a los que actualmente se presentan como novedosos, tal como el texto de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin (*La aparición del libro*). Pero no podrá negarse, por el contrario, que ha variado el contexto teórico-metodológico de toda la

historiografía. Tal base cambió la modalidad de percepción del objeto estudiado y le otorgó un nuevo contenido, una manera diferente de analizar los documentos, una modificación en la concepción de los espacios públicos de discusión, etc. Ahora bien, situarse dentro de ésta problemática no consiste en la simple cuestión de tenerlo presente. Por los cuidados que merece la nueva reflexión hace falta modificar el tipo de información utilizada y los criterios de análisis que hasta hace poco parecían definitivamente confiables. La historiografía del libro ha debido hacer un examen crítico de sus supuestos metodológicos y alcanzar una claridad conceptual que hasta no hace mucho podría parecer poco significativa. No es casualidad, entonces, que los más renombrados historiadores del mundo del libro como el francés Roger Chartier o el norteamericano Robert Darnton deban recurrir a teóricos, tanto del ámbito de la filosofía, de la antropología o de la sociología, para fundamentar sus estudios en tiempos aciagos como los actuales. Darnton reconoce explícitamente sus deudas con la antropología de Clifford Geertz y Mary Douglas, en tanto que la presencia de Pierre Bourdieu, Michel Foucault y Norbert Elías son indudablemente básicas para Chartier. En definitiva, aparentemente el complejo estudio que exige la nueva historia del libro deriva en un énfasis en la *interdisciplinariedad* de las investigaciones y en el aprovechamiento de las posibilidades propuestas por diversos campos del conocimiento.

Analizaremos las características centrales de la intervención de Roger Chartier, pues en sus propuestas surgen con gran claridad las alternativas actuales.

## II. De las mentalidades a las prácticas

Roger Chartier es un miembro conspicuo de la así llamada “escuela de *Annales*” (Burke, 1993; Aguirre Rojas, 1999). Esta corriente historiográfica ha conocido, desde la fundación de la revista que le otorga su nombre en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, varias etapas. Las dos primeras, cuyos representantes fueron los historiadores recién citados, Fernand Braudel y Ernest Labrousse (1962), innovaron en la disciplina histórica proponiendo una alternativa al historicismo y al evolucionismo. Partidarios de una historia comparativa, de larga duración, con mentalidades que abarcaban grandes períodos, se oponían a lo que François Simiand en su polémica con Seignobos había llamado los tres ídolos de la “tribu de los historiadores”: lo individual, lo cronológico, lo político. Cuando a principios de 1970 Roger Chartier comenzaba a consolidarse como historiador de *Annales*, esta concepción globalizante y relativamente estable del acontecer histórico comenzaba a cuestionarse. Sin embargo, el primer lustro de esa década aun mostraba un optimismo en el cual la historiografía francesa se veía a sí misma como plena de promesas.

Por esta razón, esa proclama de salud de la disciplina histórica que fue *Faire de l'histoire* (1974) se compuso de antiguas y nuevas creencias, no todas compatibles entre sí. El joven historiador de los impresos discutía también en términos ambiguos.

En su aporte, escrito con Daniel Roche, la perspectiva de Chartier pertenecía aun al paradigma historiográfico antes aludido. En efecto, en ese texto, en una modalidad de argumentación *annaliste*, los autores planteaban que la noción de libro como objeto literario estaba siendo cuestionada tanto por la semántica histórica como por la sociología de la cultura. Por otra parte, también se presentaba a la anglosajona *New Bibliography* como una innovación cuya utilidad apenas se entreveía, pero de cuya productividad no se podía dudar. Un importante aporte de la *Bibliography* era que situaba en primer lugar la pregunta por la circulación de los textos bajo determinados formatos, lo que implicaba una atención a la edición propiamente dicha. El aspecto que quizás mejor permita comprender que en esos años aun se pensaba en lo que podríamos denominar el *ancien régime* histórico era que, a pesar de los reparos que suscitaba la documentación heterogénea y las fluctuaciones cortas, la elaboración cuantitativa de grandes curvas era posible bajo la por entonces dominante noción braudeliana de “larga duración” (Chartier y Roche, 1974). No por ello debemos dejar de notar que la cadencia de la serie elaborada de libros impresos o poseídos era irreductible a una mera conjunción con los ciclos económicos. Si la ambición de la historia serial era reivindicada, al mismo tiempo se argumentaba por su especificidad respecto a otras series de acontecimientos.

Un reclamo adicional que se realizaba en ese texto era ir más allá del registro de los textos autorizados para estudiar la circulación del libro en una sociedad, porque ello no tomaba en consideración los prohibidos e importados clandestinamente. Junto a ello la significación de los textos se consideraba interpretables solamente con relación a un conocimiento atento de la sociedad de lectoras y lectores. En otras palabras, debía sostenerse en una sociología cultural.

Sobre este punto una consideración volvía a indicar una peculiaridad que no permitía inscribir la temática de la historia del libro, sin más, en las investigaciones macrohistóricas, dado que hasta el siglo XVIII el universo de las lecturas era restringido (el arduo problema de la “escucha” de textos o la interpretación de imágenes apenas era mencionado). Sin duda, la investigación de Robert Mandrou estaba en la mira de la discusión de Roche y Chartier cuando aseguraban que la pregunta por la preeminencia creativa de la literatura popular o la culta no era resuelta adecuadamente. En efecto, con la *biblioteca azul*, Mandrou creía probar la independencia de la cultura popular frente a la cultura de las clases dominantes. Para el historiador comunista esta comprobación era relevante porque alteraba radicalmente la tradicional y conservadora idea de que la cultura “desciende” de los sectores letrados hacia unas clases subalternas incapaces de creaciones propias. Una vez que Chartier y Roche observaban que no era sino la mediana burguesía la que consumía los libros baratos y que además los sectores letrados también podían poseerlos (quizás por ánimo coleccionista), y que además en sus series se incluían versiones abreviadas de literatura “alta”, la separación cultural argumentada por Mandrou debía discutirse. Pero lo que nos interesa aquí es señalar que los términos de esa discusión eran aun los establecidos por

Mandrou, es decir, si entre dos entidades separadas existían intercambios de especie alguna o más bien si una era preeminente respecto de la otra.

En los años 80, en cambio, la perspectiva acentuaba crecientemente un distanciamiento con el viejo programa de *Annales*. Los ensayos publicados en castellano como *El mundo como representación*, muestran los hitos de esta transformación. En efecto, si consideramos el artículo de 1982 referido a la historia de las ideas (Chartier, 1992: 13-14), podemos notar que la deconstrucción de las relaciones excesivamente directas entre los textos y las estructuras sociales apenas comenzaba a ser elaborada. La referencia a Michel Foucault, siempre importante para Chartier (1996b: 13-54), servía para complejizar el concepto de *texto*, para reconocer sus especificidades y desigualdades. Entonces, estudiar un texto ya no podía limitarse a hallar rastros de la conciencia de quien lo producía (autor/a), sino mejor las estrategias plurales que articulaban series discursivas (Foucault: 1969a y 1969b).

Esta comprensión facilitó la radicalización de una exigencia que se entendía como decisiva: el análisis de la *recepción* de los textos, las modalidades de su recepción por quienes los leían. Sin embargo, Chartier, entonces y después, nunca dejó de buscar una contextualización de la eficacia de lo escrito. No se trataba de abandonar la historia social en beneficio de una hermenéutica puramente discursiva. Intentado alejarse de una visión dicotómica, planteada la necesidad de “construir una nueva articulación entre ‘cultural structure’ y ‘social structure’ sin proyectar en ella ni la imagen del espejo, que convierte a una en el reflejo de la otra, ni la del engranaje, que constituye cada instancia como uno de los mecanismos de un sistema, que repercuten en el movimiento primordial que afecta el primer eslabón de la cadena” (Chartier, 1994b: 4; también Chartier, 1995b). Este reclamo estaba, por otra parte, en consonancia con su cercanía a la escuela sociológica de Pierre Bourdieu (Darnton, 1984; Bourdieu, Chartier y Darnton, 1985; LaCapra, 1988).

Ahora bien, transitando los años 80, una modificación de los antiguos principios de *Annales* se hizo cada vez más necesaria. De un modo inusual, fue desde las páginas de la revista donde salieron los primeros planteos de cambio (*Annales*, 1988 y 1989; Jones, 1998). La intervención de Chartier en esta coyuntura sugería aceptar tres renuncias:

1. Al proyecto de una historia global, totalizante, en la cual se pudiera hallar un principio unificador de la sociedad.
2. A la limitación de la investigación a un territorio definido como el propio del objeto de estudio.
3. A la capacidad explicativa directa asignada a las divisiones sociales respecto a las culturales.

Los resultados de estas renuncias para un programa de historia del libro son dramáticos, pues se altera el modo de realizar las preguntas de las investigaciones. En efecto, mientras antes podía esbozarse una continuidad o una curva de la *circulación* de cierto tipo de libros y hacerla coincidir con el surgimiento

de una nueva mentalidad, ahora se trata de establecer las innumerables modalidades de circulación de los textos. Puesto que no existe una relación directa entre estructura social y supuestos culturales, un texto no posee un sentido *proprio*, sino que está sometido a las interpretaciones de quienes lo leen. La historia del libro adopta, bajo estas premisas, una exigencia de incorporar como una condición una historia de las lecturas.

Desde luego, también permanecían como significativas ciertas aproximaciones anteriores. En ningún momento Chartier sostuvo que la contabilización de libros en venta, ni el análisis de las formas de edición, carecieran de importancia. Su énfasis reside en lo que denomina la “apropiación” de los textos, una tarea que, siguiendo el precedente del clásico libro de Carlo Ginzburg sobre un molinero friulano del siglo XVI, permitía recuperar la actividad creativa de las clases subalternas (Ginzburg, 1976). La apropiación es también una operación de reformulación de cada texto, y por ende una práctica cultural en sí misma. La importancia de este concepto nos permite esta larga cita:

“La apropiación tal como la entendemos nosotros apunta a una historia social de usos e interpretaciones, relacionados con sus determinaciones fundamentales e inscritos en las prácticas específicas que los producen. Prestar así atención a las condiciones y a los procesos que, muy concretamente, llevan las operaciones de construcción del sentido (en la relación de lectura pero también en muchas otras) es reconocer, en contra de la antigua historia intelectual, que ni las inteligencias ni las ideas son desencarnadas y, contra los pensamientos de lo universal, que las categorías dadas como invariables, ya sean filosóficas o fenomenológicas, deben construirse en la discontinuidad de las trayectorias históricas” (Chartier, 1992: 53).

Si bien la existencia de grandes corrientes de opinión no es negada, para Chartier es claro que no se pueden suponer como formaciones consistentes y homogéneas, al modo de las *mentalités*. La interpretación de las lecturas (y de las escuchas) necesita obligatoriamente un giro cada vez más pronunciado hacia las experiencias personales del tratamiento de textos. Si bien la microhistoria ha incidido profundamente en estos planteos, como en todo *Annales* (Revel, ed., 1995 y Revel, 1996; Lepetit, ed., 1995), la articulación de la investigación a nivel microanalítico con las preguntas sobre los efectos generales de las operaciones culturales es una exigencia del enfoque de Chartier.

En efecto, cuando nuestro autor se pregunta por los cambios que, sobre la alfabetización, produce la cultura escrita en las perspectivas políticas de la Francia del ochocientos, está requiriendo iluminar un proceso que produjo efectos más que supra-individuales.

La relevancia de esta comprensión de la historia del libro es indicada, por caso, en la discusión crítica del clásico texto de Mornet sobre los “orígenes intelectuales” de la Revolución Francesa. Chartier reconoce el poder de las ideas



para el cambio social, pero trata de hacerlo mostrando la performatividad del lenguaje. Desde la historiografía, el estudio del lenguaje del siglo XVIII equivale, casi siempre, al lenguaje impreso. De este modo, la fuente principal de disputa es la articulación de la escritura con las ideas políticas y, particularmente, con las prácticas políticas. La propuesta de Mornet de entender la Revolución como el producto de las teorías de la Ilustración parece a Chartier demasiado simplista en vista de las largas transformaciones que existieron en Francia. Además, reclamaba la necesidad de investigar los procesos que construyeran la Revolución. Siguiendo en este punto la prevención de François Furet, Chartier distingue los eventos históricos de las representaciones de los sujetos, es decir, elabora una distancia crítica de los pensamientos de los sujetos en el pasado. En este sentido, escribe:

“Al afirmar que fue la Ilustración la que produjo la Revolución, la interpretación clásica quizás invierte el orden lógico: ¿no deberíamos considerar en cambio que fue la Revolución la que inventó la Ilustración intentando enraizar su legitimidad en un cuerpo de textos y constituyendo autores reconciliados y unidos, más allá de sus diferencias extremas, por la preparación de una ruptura con el viejo mundo?” (Chartier, 1991a: 5; también Chartier, 1994a).

Una revolución, entonces, no es un proceso social y político radicalmente escindido de las operaciones cotidianas de lectura. Por el contrario, el ejercicio del uso privado de una razón pública a través de lo impreso, según Chartier, facilita el surgimiento de una conciencia crítica de lo existente. Sus estudios sobre la lectura en la intimidad no se separan de aquellos que llevó a cabo buscando una comprensión de la formación de una “esfera pública” (Chartier, 1991b).

En suma, una distancia respecto a los enfoques macrosociales no lleva a Chartier a dejar de lado las preguntas sobre las grandes transformaciones culturales. Esta historia de la cultura que los impresos hace posible articular es, también, una historia social y una investigación sobre las modalidades subjetivas de creación y transmisión de significados. La profundidad con que la interpretación ha adoptado la exigencia de reconocer las modalidades de interpretación no desdeña las posiciones socio-económicas de los sujetos lectores, pues considera que ello es también parte de los condicionamientos de toda lectura. Los textos no son ya unidades de sentido, muestras de la potencia de la conciencia de quienes los escribieron. Son, más bien, productos heterogéneos de múltiples reformulaciones y cambios (tachaduras, censuras, traducciones, resúmenes, etc.) que van más allá de la autoría individual. Esto mismo permite comprender la circulación de libros (y desde luego de todo impreso) como un proceso social. Alejado de las posiciones posmodernas, Chartier reivindica la capacidad de la historiografía de entender los procesos de intercambio simbólico en el pasado, aunque reconociendo las limitaciones que todo conocimiento supone.

La importancia de la lectura para la realidad social es por demás decisiva, para Chartier, pues se entronca con las prácticas sociales. Apoyándose en la obra de Michel de Certeau (Chartier, 1996b), plantea que las operaciones de interpretación de las palabras y las ilustraciones son constitutivas de la experiencia y, por ende, eficaces para producir “realidad” (Chartier, 1994c). Las investigaciones de Chartier buscan recuperar esta eficacia de lo escrito y de sus apropiaciones para comprender los procesos de construcción de la cultura moderna (Chartier, 1993, 1995a, 1996a, 1997a). La historia del libro, según esta mirada, deja de ser una especialidad de la historia de la cultura material para transformarse en un aspecto de una búsqueda más amplia: comprender los procesos de construcción de las subjetividades contemporáneas. Pues es eso lo que preocupa a Chartier. Historiador formado antes de Internet, su experiencia fue la de los impresos y en ellos buscó entender cómo los sujetos intentaban hacer y decir algo respecto al mundo en que les cupo vivir.

### III. Conclusiones

Derivar de las anteriores consideraciones un estado de situación sería un forzamiento de nuestra exposición, pues en la historiografía del libro la intervención de Roger Chartier es sin duda importante, pero también una de las diversas propuestas. En todo caso, sería más productivo mirar desde sus perspectivas los caminos que la historiografía del libro posee en la Argentina (para una elemental bibliografía sobre el libro en la Argentina, sin incluir los textos referidos a la historia de las bibliotecas y de la imprenta, véase: Acevedo, 1983-1987; Aguirre Molina, 1948; Arrieta, 1955; Baidaff, 1928; Bosch, 1962; Buonocore, 1960 y 1974; Canter, 1932; Chaneton, 1941 y 1943; Chaneton y Lazaro, 1926; Gutiérrez y Romero, 1995; Mayer, 1943; Millares Carlo, 1924; Molinari, 1941; Parada, 1998; Peña Lillo, 1965; Piccirilli, 1961; Rípodas Ardanaz, 1980; Sarmiento, 1930; y Torre Revello, 1929, 1930, 1932, 1937-1938, 1938, 1940, 1947, 1948, 1957).

Pues bien, podemos afirmar que nos encontramos aun en un *ancien régime* histórico. Sin duda, se han realizado importantes y numerosos estudios sobre la producción e importación de libros, se han contabilizado y catalogado bibliotecas de personajes célebres y se han reconstruido los recorridos de imprentas. Todo este esfuerzo es necesario e imprescindible.

Notemos, empero, que esos estudios aun persisten en analizar los libros como objetos en sí, y no como impresos cuyo destino es la interpretación. En todo caso, si son considerados teóricamente así, la *apropiación* no es investigada. En los trabajos de L. A. Romero y L. Gutiérrez, por ejemplo, esta limitación se hace evidente dada la ambición y creatividad de sus hipótesis (Romero y Gutiérrez, 1995). Buscando reconstruir las condiciones de existencia de una cultura popular reformista en el Buenos Aires de entreguerras, los autores consideran los catálogos de editoriales (en especial de Claridad) y la actividad de

las bibliotecas populares, como instancias de construcción, a través de la baratura de los libros, de un saber ya alejado de las inquietudes revolucionarias de las clases subalternas de principios de siglo. La venta de colecciones de obras a bajo precio tratando de llegar a un público masivo, las bibliotecas, las conferencias sobre problemas científicos, eróticos, médicos, etc., configuraron una cultura popular relativamente conformista, aunque no por ello pasiva.

Pero estas condiciones no dicen demasiado sobre las modalidades en que se incorporaron a la cultura popular los saberes de otros orígenes y cómo se resignificaron. El argumento de Romero y Gutiérrez es similar al de Febvre y Martin: el libro como fermento de ideas (Martin y Febvre, 1962). Lo que otorga el tono, y por ende la significación cultural al proceso de apropiación, es supuesto como un efecto propio de la escritura más que como una actividad de los sujetos. El supuesto de este modo de interpretar es claro: ciertos libros expresan la cultura popular pues su venta e inclusión en bibliotecas es ya una expresión de aquello que los sectores populares deseaban leer, coincidiendo así con los supuestos de B. Sarlo en su estudio sobre las narraciones sobre el amor en la década de 1920 (Sarlo, 1985). El punto álgido de esta cuestión es que ese supuesto es lo que necesita investigación, pues así empleado es evidentemente un razonamiento circular y auto-confirmador.

Una observación similar puede hacerse a un reciente estudio de Alejandro Parada (1998). Meritorio en numerosos aspectos, la investigación de Parada contribuye a la bibliografía de la historia de los impresos con una información empírica extremadamente rica. Su estudio de un periódico rioplantense durante la década de 1820, *La Gaceta Mercantil*, muestra la necesidad de retomar la lectura de los periódicos –entre otras fuentes– para reconstruir los movimientos de libros. Quizás donde sitúe su hipótesis más ambiciosa es en la pregunta sobre las preferencias de lectura del público de Buenos Aires, en la senda de indagar los hábitos literarios en transformación. Un expediente empleado por el autor para conocer los títulos que pudieron ser leídos en Buenos Aires fue la confección de una bibliografía temática de los libros ofrecidos en *La Gaceta Mercantil*. Quizás el resultado más sugerente de esa parte del estudio consista en que concluye que las obras literarias eran las más leídas en esa época, desplazando relativamente a las de política e historia que habían gozado de preeminencia una década atrás. Desde luego este razonamiento puede sostenerse si los libros ofrecidos respondían, de algún modo, a una demanda determinada.

El pedido de obras de un tipo específico, puede especularse, motivaron la difusión de ofertas destinadas a satisfacer ese mercado. Como puede verse, es el mismo argumento que el supuesto por Gutiérrez y Romero. Acaso las obras literarias actuasen como excusas de operaciones de reinterpretación y lectura en silencio como fundamento de una esfera literaria que posibilitara, como en la Generación de 1837, los rudimentos de una intelectualidad argentina. Pero si esta conjetura es plausible, su respuesta necesita de esquemas de investigación

ya afectados por reformulaciones actuales, entre las cuales la expuesta de Roger Chartier puede ser pertinente.

Es indudable que la apertura de nuevas preguntas posee una limitación grave: es harto complicado hallar documentos que atestigüen las apropiaciones textuales. Ginzburg pudo hacerlo gracias a un exhaustivo interrogatorio al que fue sometido el molinero por los inquisidores; Chartier pudo reconstruir las variaciones de *La Celestina* al recoger las diversas formulaciones de una narración. El estado de nuestros archivos y bibliotecas, la carencia de una política de publicaciones, dificultan el estudio de fuentes que nos permitan incidir en estos problemas. Los arduos trabajos de recopilación de información “objetiva” son necesarios, pero que quizás sean también el inicio de búsquedas más complejas. En la problemática de una historia social y cultural del libro renovada pueden actualizarse los derechos de una “rama” del conocimiento histórico que tiene mucho que decir sobre las sociedades humanas.

## **Bibliografía**

- Acevedo, Edberto Oscar. 1983-1987. Abogados, estudios y libros de derecho en la época federal en Mendoza. En *Investigaciones y Ensayos*, no. 35.
- Aguirre Molina, R. 1948. San Martín, amigo de los libros. Buenos Aires: Landa.
- Aguirre Rojas, Carlos. 1999. La escuela de los Annales: ayer, hoy, mañana. [S.l.]: Montesinos.
- Annales*. 1988. Histoire et sciences sociales: Un tournant critique. no. 2.
- Annales*. 1989. Histoire et sciences sociales: Tentons l'expérience. no. 6.
- Arrieta, Rafael A. 1955. La ciudad y los libros: excursión bibliográfica al pasado porteño. Buenos Aires: Librería del Colegio.
- Baidaff, León. 1928. El impreso más antiguo de Buenos Aires? ¿Un enigma o una superchería bibliográfica? En *La Prensa*, Buenos Aires, 18 nov.
- Bosch, Beatriz. 1962. Urquiza y los libros. En *Universidad*, no. 54.
- Bourdieu, Pierre; Roger Chartier y Robert Darnton. 1985. Dialogue à propos de l'histoire culturelle. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, no. 59.
- Buonocore, Domingo. 1960. El libro y los bibliógrafos. En Historia de la literatura argentina. Buenos Aires: Peuser. Vol. 6.
- Buonocore, Domingo. 1974. Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Buenos Aires: Bowker. Primera edición con igual título, Buenos Aires: El Ateneo, 1944.

- Burke, Peter. 1993. La revolución historiográfica francesa. La escuela de los "Annales", 1929-1989. Barcelona, Gedisa.
- Canter, Juan. 1932. Notas sobre dos impresos. En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*. T. 1.
- Chaneton, Abel. 1941. Itinerario para bibliófilos. En *La Nación*, Buenos Aires, 28 dic.
- Chaneton, Abel. 1943. El libro de lujo en la Argentina: itinerario para Bibliófilos. En *Argentina Gráfica*. Año. 8, no. 89-90.
- Chaneton, Abel y José Lazaro. 1926. Los incunables bonaerenses. En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*. T. 5.
- Chartier, Roger. 1991a. The Cultural Origins of the French Revolution. Durham, Londres: Duke University Press.
- Chartier, Roger. 1991b. Las prácticas de lo escrito. En *Historia de la vida privada*, Ariés, Philippe y Georges Duby, dirs. Madrid: Taurus. T. 5.
- Chartier, Roger. 1992. El mundo como representación: estudios de historia cultural. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, Roger. 1993. Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna. Madrid: Alianza.
- Chartier, Roger. 1994a. ¿Hacen los libros la Revolución?. En *Libros de México*, no. 3, 7-26.
- Chartier, Roger. 1994b. Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen. México: Instituto Mora.
- Chartier, Roger. 1994c. Pouvoirs et limites de la représentation: sur l'oeuvre de Louis Marins. En *Annales. HSS*, no. 2, 407-418.
- Chartier, Roger. 1995a. Sociedad y escritura en la Edad Moderna: la cultura como apropiación. México: Instituto Mora.
- Chartier, Roger. 1995b. L'Histoire Culturelle entre 'Linguistic Turn' et Retour au Sujet. En Vierhaus, Rudolf y Roger Chartier. *Wege zu einer neuen Kulturgeschichte*. Göttingen: Max-Planck-Institut für Geschichte.
- Chartier, Roger. 1996a. El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, Roger. 1996b. Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin. Buenos Aires: Manantial.
- Chartier, Roger. 1997a. Lecturas y lectores 'populares' desde el Renacimiento hasta la época clásica. En Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, dirs. *Histo-*

- ria de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus, p. 413-434.
- Chartier, Roger ; Daniel Roche. 1974. Le livre, un changement de perspective. En *Faire de l'histoire*. Le Goff, J y P. Nora, eds. París: Gallimard. T. 3.
- Darnton, Robert. 1984. La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia cultural francesa. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Foucault, Michel. 1969a. La arqueología del saber. México: Siglo XXI, 1984.
- Foucault, Michel. 1969b. Qu'est-ce qu'un auteur? En *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, no. 3.
- Ginzburg, Carlo. 1976. El queso y los gusanos. Barcelona: Muchnik, 1986.
- Gutiérrez, Leandro H. y Luis Alberto Romero. 1995. Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jones, Gareth Stedman. 1998. Une autre histoire sociale? (note critique). En *Annales. HSS*, no. 2.
- Labrousse, Ernest. 1962. Fluctuaciones económicas e historia social. Madrid: Tecnos.
- LaCapra, Dominick. 1988. Chartier, Darnton, and the Great Symbol Massacre. En *Journal of Modern History*, no. 60, 95-112.
- Lepetit, Bernard, ed. 1995. Les formes de l'expérience : une autre histoire sociale. París: Albin Michel.
- Martin, Henri-Jean y Lucien Febvre. 1962. La aparición del libro. México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.
- Mayer, Carlos. 1943. La bibliofilia en la Argentina. En *La Argentina Gráfica*, Año. 8, no. 89-90.
- Millares Carlo, Agustín. 1924. Los incunables de la biblioteca universitaria de La Plata. Buenos Aires: Coni.
- Molinari, José L. 1941. Primeros impresos médicos bonaerenses: 1780-1810. Buenos Aires: Amorrortu.
- Parada, Alejandro E. 1998. El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Peña Lillo, Arturo. 1965. Los encantadores de serpientes: mundo y submundo del libro. Buenos Aires, Peña Lillo.
- Piccirilli, Ricardo. 1961. Los libros de Mayo durante la era de la Independencia. En *Humanidades*, Vol. 38.

- Revel, Jacques, ed. 1995. *Jeux d'échelles: la micro-analyse à l'expérience*. París: Gallimard-Le Seuil.
- Revel, Jacques. 1996. Historia y ciencias sociales: confrontación inestable. En *Estudios Sociales*, Año 6, no. 10.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1980. Libros y lecturas en la época de la ilustración. En *Historia General de España y América. América en el siglo XVIII. La ilustración en América*. Madrid: Rialp.
- Sarlo, Beatriz. 1985. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires, Catálogos.
- Sarmiento, Nicanor. 1930. *Historia del libro y de las bibliotecas*. Buenos Aires: Impr. L. Veggia.
- Torre Revello, José. 1929. Un catálogo impreso de libros para vender en las Indias Occidentales en el siglo XVII. En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Año 7, no. 40.
- Torre Revello, José. 1930. Lista de libros embarcados para Buenos Aires en los siglos XVII y XVIII. En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, T. 10, no. 43-44.
- Torre Revello, José. 1932. Prohibiciones y licencias para imprimir libros referentes a América 1737-1807. En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Año 10, no. 51.
- Torre Revello, José. 1937-1938. La expansión del libro en la colonia. En *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, Año 5, no. 21; Año 6, no. 22.
- Torre Revello, José. 1938. Lo que se leía en América en el siglo XVI. En *Péñola*, Año 1, no. 2.
- Torre Revello, José. 1940. El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Torre Revello, José. 1947. Los primeros ejemplares del Quijote que llegaron a América. En *Estudios*, T. 77, no. 420.
- Torre Revello, José. 1948. El libro como factor de cultura en América durante la dominación española. En *Revista del Museo Mitre*, Año 1, no. 1.
- Torre Revello, José. 1957. Algunas referencias sobre la correspondencia de Bartolomé Mitre acerca de libros y documentos. En *Academia Nacional de la Historia*. Mitre, 299-316.